

JOSÉ EMILIO AMORES

Dejo de lado las tinieblas del lenguaje y me dirijo a ustedes, personas del siglo pasado, para cumplir la encomienda del mítico Violante (*en mi vida me he visto en mayor aprieto*): platicar de promoción cultural. ¡Un momento! Antes de dar otro paso en falso recorro al diccionario. El que busca halla. “Promover, dice el libro, es dar principio a una cosa o procurar su adelantamiento”. Queda claro que la promoción de la cultura es su adelantamiento, moverse hacia el día de mañana.

Durante el recién terminado siglo XX, la promoción cultural en Monterrey estuvo a cargo de particulares y de la Universidad Autónoma de Nuevo León. Tan sólo en el último cuarto de la centuria se dio la participación del gobierno del estado. Dicho de

manera más suave, la participación del poder político amaneció tardíamente y muestra signos de agotamiento. Por fortuna, la Universidad ya acudió al rescate de la olvidada Pinacoteca. Debo apuntar que la brevedad de la participación estatal no minimiza el alcance de sus logros. Me detengo ante dos sobresalientes por su trascendencia. Uno, la continuada existencia de la radio pública, gracias al Sistema Radio Nuevo León; otro, el Museo de Historia Mexicana.

El Sistema Radio Nuevo León consiste de siete radiodifusoras que cubren el estado geográfico de norte a sur: Ciudad Anáhuac, Cerralvo, Sabinas, Montemorelos, Linares, Galeana, Doctor Arroyo y Monterrey; y en dicho sistema hay algo que lo hace único en México. Tal singularidad reside en su diversidad. En Radio Nuevo

Durante mi época de estudiante pasé a lo largo de ocho años frente a una tlapalería en la cual, con letras grandes, se anunciaba: “Se venden anilinas de todos colores y también amarilla.” El aviso era divertido aunque misterioso. Hubieron de pasar muchos años antes de serme revelada la verdad del letrero. Sucedió que durante el sexenio de Carlos Salinas de Gortari se creó en la ciudad de México un organismo denominado “Consejo para la Cultura y las Artes”. ¡Ahí está!, me dije, ofertan cultura y arte también. De acuerdo con el nombre, no cabía duda alguna: el arte no pertenece a la cultura. Curioso, ¿no? Años más tarde en nuestra provincia, como dicen los de allá, nació el Consejo para la Cultura de Nuevo León, institución de nombre y propósito definidos. Hoy me confieso confundido. Sucede que recibo agendas quincenales e invitaciones de Conarte. ¿Será éste, acaso, sustituto del original? ¿O habrá cambiado de giro y también venden anilina amarilla? Excesivo barroquismo.

León cada emisora realiza su propia programación con entera libertad. En los demás estados geográficos del país, el modelo establecido es el del autoritarismo centralizador. En cada ciudad-capital existe sólo una poderosa radiodifusora y las demás poblaciones deben humillarse ante meras estaciones repetidoras. La analogía surge espontáneamente ¿Qué le importa a un habitante de Galeana la construcción de jorobas en Garza Sada o el pago de peaje para ir a nuestro aeropuerto? Al vecindado en la sierra le interesa más saber cómo inyectar a la vaca, escuchar música de la región, el anuncio del próximo baile o la fecha de arranque para la construcción de los caminos prometidos. En cada emisora regional participa la gente de la localidad. Cada una es espejo de su íntima cultura.

De las siete emisoras de Radio Nuevo León, dos están en Monterrey. Una es la AM 106 dedicada a la cultura de la palabra y la otra la Opus 102, orientada a la valiosa difusión de la música clásica. La existencia de Opus 102 la debemos a la voluntad política de Mentor Tijerina. Mentor logró hacer materia lo intentado sin éxito otras veces por particulares (recuérdese la JM). Mentor Tijerina sabía, por sensibilidad propia y conocimiento adquirido, que una ciudad sin radiodifusora de música clásica es una ciudad sin alma. Por eso, siendo director de comunicación en el gobierno de Sócrates Rizzo, puso en práctica la doctrina política: cuando una tarea está más allá del esfuerzo de los habitantes, se requiere la intervención del Estado. Conviene subrayar que si Martínez

DE LA SERIE DE VIRGENES Y VIOLENCIA (DETALLE) / CRABADO SOBRE COBRE, AGUAFUERTE Y MESOTINTA / ED. P.A. 1/5

Promoción cultural en Monterrey

Ayer y hoy



Domínguez nos dio calidad de ciudad con la Gran Plaza, Mentor Tijerina, con Opus 102, nos elevó del pintoresquismo a lo clásico.

Y a propósito de tal palabra, Goethe decía “que lo antiguo es clásico no por antiguo sino por vigoroso, fresco y alegre”. En congruencia con esas palabras, para nosotros, Opus 102 es la plataforma donde nos apoyamos, el piso en donde emergen nuestras sensaciones frescas, alegres de vigor renovado. Y eso es plenitud de vida.

Pero, como en el cuento musical *Pedro y el Lobo* de Prokofiev, el lobo anda suelto y de una tarascada puede engullir nuestra fiesta. Contra ese mal, recuerdo algo bien sabido: una persona ignorante no es perversa aunque la resultante de su acción es igualmente fatal. No hay maldad en la zafiedad. (Se debe a falta de oportunidad, desinterés, descuido y todos podemos andar de blanco en la oscuridad sin oír campanas.) Existen decenas de miles de cosas en donde yo no rebuzno por no ofender al asno. El peligro no está en no saber todo de todo, sino que se halla en el juego de dados sexenal. En cada sexenio, de un solo golpe, se puede decidir presente y futuro de Radio Nuevo León. El lobo corre veloz en cada cambio de gobernante; puede aparecer detrás de un funcionario superior tan ocupado, siempre apurado de tiempo, cuya rapidez lo hace incapaz de ver minucias tales como la cultura.

Por eso nosotros, cada persona, células del tejido social, debemos enfrentar el peligro. A imitación de López Velarde es tiempo de alzar la voz a mitad del foro para protestar ante la zozobra. *Todos a una* debemos exigir, con voz fuerte, recia, que el Sistema Radio Nuevo León, la radio pública, se constituya de acuerdo con la figura jurídica de organismo descentralizado, sostenido económicamente por el gobierno estatal; pero dirigido por un consejo de personas moralmente solventes, sin participación de ningún empleado de gobierno, salvo el tesorero y el contralor. La selección de los miembros de tal consejo será hecha la primera vez por el gobernador del estado de Nuevo León. Para el futuro el consejo decidirá la rotación de sus miembros y la forma de sustituirlos. Basta con seguir el modelo de la Suprema Corte de Justicia de la Nación.

El consejo, además de orientar el rumbo, dirigir y administrar, deberá rendir cuentas públicas del manejo de dinero y del cumplimiento de propósitos del órgano dado a su encomienda. “Dios no juega con los dados”, decía Albert Einstein.

El otro gran logro es, sin duda, el Museo de Historia Mexicana. Desde el día que abrió sus puertas, el primero de diciembre de 1994, es ejemplo de promoción cultural. Sirve a todos los niveles de edad, género, posición económica, educacional y a todos nos da lo que un museo debe otorgar: placer y conocimiento. Su discurso museográfico y la ingeniosa presentación de piezas originales con maniqués, maquetas y proyección de imágenes, nos ofrecen un paseo agradable por un fragmento de la historia. Es fragmento, porque en tal discurso de la historia no estamos nosotros los habitantes del noreste. Fue elaborado en la ciudad de México y con eso se dice todo. Para ventura, ya Carmen Junco, directora del Museo, ha hecho saber que en fecha próxima se abrirá al público un edificio anexo en donde abundará la existencia y vigor de quienes crearon, en estos territorios, una cultura diferente a la de la Colonia española y su trágica secuela. Ahora sí veremos el paisaje donde amarillean las flores de los mezquites.

James Bryant Conant, un rector de Harvard, decía que las dos palabras más bellas del lenguaje son, herencia y cambio. Las parafraseo y digo: ayer y hoy. Del pasado inmediato, la tradición nos conduce de la mano al presente. Gracias a aquella, hoy, sin duda alguna, nos hallamos en una etapa mejor. Por ejemplo, en el dominio de la música en Monterrey heredamos el campo de la enseñanza. Aquí observamos cuatro hitos. El de Daniel Zambrano y su Academia Beethoven, fundada en 1916 y desaparecida veinte años más tarde, en 1936, por la muerte del maestro. Daniel Zambrano estudió en Monterrey y, después, durante ocho años en Alemania con Hoffman, un pianista legendario. La Academia Beethoven, en una ciudad de ciento cincuenta mil habitantes, servía tanto para quienes deseaban elevar su calidad de vida como para quienes la música era su profesión y su vida entera. A la muerte del maestro la flama de la enseñanza la mantuvieron viva un puñado de profesoras de piano y de canto, por más de veinte años. Otro hito, cortadura en el tiempo, lo hizo un ex alumno de la Academia Beethoven, el violinista Manuel Flores Varela, joven cuyo talento político le llevó por varios cargos públicos. De 1939 a 1940 fue alcalde de Monterrey, apenas tres años después de la muerte de Daniel Zambrano. Manuel Flores Varela, político culto, estableció, el día 15 de mayo de 1939, la Escuela Municipal de Música bajo la dirección de Alicia González, soprano regia, con

estudios en el Conservatorio Nacional. El presidente municipal sucesor, el de 1941, asesinó a la Escuela de Música Municipal. Por si no se sabe tal es la función de los alcaldes. Hasta el día que Fuenteovejuna se harte... y no está lejos.

Frente a la incuria, aparece la heroína de la película, Alicia González que se lanza a tocar puertas para salvar a la Escuela. La puerta de la esperanza la abre el Dr. Enrique C. Livas, rector de la Universidad de Nuevo León, quien de inmediato dispuso la creación de la escuela de música de esa institución. La escuela empezó modestamente en una casa arrendada y con profesores de salario simbólico o ninguno. Fueron personas, como tantas de hoy, para quienes la transmisión de conocimientos es un placer. Entre ellos estuvo Paulino Paredes quien fue su director en 1956 y 1957. A la temprana muerte de Paulino la dirección pasó de nuevo a Alicia González. Hoy, la Facultad de Música de la Universidad tiene su edificio en la Unidad Mederos. La calidad de su enseñanza es tan buena como siempre.

Como se ve, el hilo conductor de la enseñanza musical se prolonga sin interrupción desde 1916. Pero, eso no es todo, las dos palabras más bellas: herencia y cambio, nos llevan a ser más y mejores.

En 1977 se dio un cambio profundo, equivalente, tan sólo, al ocurrido hacía sesenta años con la Academia Beethoven. El gran salto fue la apertura de la Escuela Superior de Música y Danza, en verdad, un señorero parteaguas en la vida de Monterrey. En ese año, tal y como debe ser, se sumaron esfuerzos. Sin vacilar el gobierno del estado, el Grupo Alfa y el Instituto Nacional de Bellas Artes convinieron en repartirse las legendarias tres mitades. El gobierno del estado y el Grupo Alfa se ocuparon de la compra, restauración y equipamiento de un antiguo edificio construido ex profeso para la docencia, en 1912-1913. Fue centro de enseñanza de una orden monjil, la del Sagrado Corazón de Jesús, ya desaparecida en el país desde hacía años. Bellas Artes aceptó cubrir todos los gastos de operación del nuevo centro de enseñanza: salarios, mantenimiento, pago de servicios y reparaciones futuras. Como punto de partida decidieron aceptar tan sólo alumnos de tiempo completo. Se dejó, de lado, la capacitación ocasional. Para la música abundaron profesores locales, mujeres y hombres, en tanto que para la danza, actividad inédita, llegaron profesores de Cuba formados en la escuela de ballet de la increíble

Alicia Alonso. El Instituto de Bellas Artes, organismo del gobierno federal, fue rajón desde un principio. El primer director de la Escuela, Gerardo González, desgastaba la mayor parte de su tiempo en acudir cada mes a la ciudad de México para recoger los salarios del profesorado y promesas vacuas sobre los demás gastos.

Aquí vale la pena una digresión. La ciudad de México rotura como nacional lo contenido en sus límites geográficos. Absurdos y numerosos ejemplos son: la Orquesta Sinfónica Nacional que sólo toca en aquella ciudad; el Centro Nacional de las Artes, un mero vecindario de edificios escolares, la Universidad Nacional de México y el Conservatorio Nacional de Música, que se apropian el calificativo porque aceptan alumnos de provincia. Desde esa perspectiva de nariz corta, deberíamos llamar a nuestra Universidad: Universidad Nacional de Nuevo León, por ser un centro educativo abierto a cualquier habitante del país.

Ayer y hoy. Épocas épicas en las cuales se dan personas solitarias, células del tejido social, quienes carentes de fortuna personal y del apoyo de alguna institución se arrojan al desempeño de tareas descomunales. El día de hoy sus nombres son: Jorge Gallegos, Mirtala Salazar y David García. Torres de mármol, gemelos idénticos del pequeño grupo que ayer, en 1952, dieron vida a la Ópera de Monterrey. Torres de mármol de entonces y ahora; imagen de la fábula de la gota de agua, pequeña esfera líquida ante cuya persistencia cede la roca.

Hoy. Jorge Gallegos edifica los Festivales de Piano Beethoven; Mirtala Salazar se duplica haciendo posible la existencia de la Sociedad Musical Parnassos y, al mismo tiempo, la materialización de concursos internacionales de piano, diáfanos por sus jurados y reveladores por los participantes. David García, gran señor y gran maestro, héroe de mil batallas, con las manos vacías, cumple la misión de la enseñanza musical y quien, no hace mucho, parió, con dolores de parto, la Orquesta Sinfónica Juvenil.

Ayer. Un reducido grupo de personas: Rogelio Elizondo García, Francisco Treviño, Rafael Valdés, Genaro Cueva Domínguez, Luís Fumagallo, Domingo Benavides Pompa, Abel Treviño, José Salinas Irazo, gente sin educación musical formal, pero de buen gusto, alegres de espíritu, dispuestos pronto a gozar de un espectáculo de calidad y, más importante, a compartirlo, crearon en 1952, Ópera de Monterrey, A.C. Su común

denominador estaba en ser emprendedores: unos eran gerentes, y otros propietarios de negocios de tamaño medio. Ellos consiguieron que el Instituto Nacional de Bellas Artes aportara la orquesta de la ópera, los coros, sus valiosas producciones y la presencia en Monterrey de Carlos Díaz Dupont, director de escena, y de Antonio López Mancera, creador de las producciones, escenógrafo y responsable de la iluminación. Los directivos de Ópera de Monterrey tomaron a su cargo la obtención de donativos destinados a sufragar los gastos de traslado y viáticos del numeroso personal de Bellas Artes, los de publicidad y promoción, de renta del teatro y salarios de trabajadores, los de impresos: boletos, volantes, carteles, programas de mano. De igual manera, obtuvieron otros donativos para contratar solistas de fama mundial y elevar la compleja presentación de la ópera. El éxito que lograron fue estelar y hubo de ofrecer dos representaciones de

cada ópera, dos mil personas de público en cada una. Gracias a Ópera de Monterrey estuvieron Victoria de los Angeles, Antonieta Stella, Giuleta Simionato, Irma González, el barítono Bastianini, el tenor Giuseppe Di Stefano, el coro Monteverdi de José Hernández Gama y muchos otros que escapan a mi memoria.

(Al llegar a este punto, se escuchan siniestros acordes, tres o cuatro. En la escena las luces se atenúan, la función agoniza.)

Sucedió que cuando Ópera de Monterrey A.C. iba a celebrar su décima temporada, al cruzar una calle le pegó una bala perdida y cayó muerta. El gran espectáculo no sabía nada fuera de lo suyo, menos aún de la lucha por el poder. Ni tiempo tuvo de escuchar las cuatro notas de la llamada del destino. A veces me pregunto: ¿qué tiene o más bien, que tuvo que ver la animosidad de un poderoso empresario en contra del nuevo gobernador, para dar muerte a la belleza del canto? Supongo que nada, fue tan irracional, tan imprevista, que todos quedamos atónitos. Sin embargo, como dice la canción *el muerto murió*. ¿Es posible imaginar dónde estaríamos ahora si desde 1962, durante cuarenta y cinco años al hilo, Ópera de Monterrey hubiera ascendido peldaño tras peldaño? Desgraciadamente, en la realidad real, la palabra hubiera no existe.

En 1928 el astrónomo Edwin P. Hubble confirmó, vía experimento, la teoría según la cual el Universo está en expansión, no es estático, se mueve. Nosotros las personas somos también seres de cambio. Ayer éramos uno, hoy somos otro. Somos instantes distintos. Desde mi punto de vista, vivimos por etapas y cada etapa es igualmente bella.

Ayer y hoy.

Hoy estamos frente a una juventud más inteligente, mejor preparada y cada vez más sana.

Hoy tenemos ante nosotros una novedosa actividad cultural espléndida. Desde hace treinta años, acentuadamente de veinte para acá, observamos ríos de multitudes que a diario salen a caminar, trotar, practicar ejercicio al aire libre. Me emociona ver el cambio. Son millares y millares de personas que voluntariamente mejoran su calidad de vida. Este cambio social es creación reciente, no viene de ayer.

En paralelo a ese deseo de comprar salud, vemos lo mismo en otros dominios de la cultura. Observen ustedes la multiplicación de publicaciones de poesía,

de los clubes de lectura, la de talleres de artes plásticas en los cuales decenas de cientos de personas se dedican a la práctica del dibujo, de pintura, de cerámica, repujado, grabado, fotografía y del diseño en sus múltiples facetas. Son, somos, criaturas gozando a plenitud el día de hoy. Aunque nadie lo haya dicho, somos seres satisfaciendo una necesidad psicológica básica: la de hacer algo que sea útil ante nosotros mismos. Y, tú, me preguntan ¿pierdes el tiempo tomando clases de cerámica? No, respondo, estoy aprendiendo a crecer.

Hoy, frente a nuestros sentidos están los museos, las representaciones teatrales, el señorío del jazz, los cines-club, las lecturas de poesía en voz alta, las revistas impresas como *armas y letras*, *La Tempestad*, *Posdata*; los conciertos de música clásica en múltiples salas; la fortaleza del rock: la danza tribal, ancestral, donde los individuos nos diluimos en la masa, para escuchar, saltar, sudar, reír.

Hoy, tenemos el disfrute de dos procesos culturales nuevos. Dos campos para fin de sensibilizar mi alma. Dos. Los museos y el espectáculo del ballet (y su contraparte también: las infinitas posibilidades de la danza moderna).

El primer museo de arte, campo inédito, apareció en 1977 con el Museo Monterrey, fallecido. A él siguieron como arroyo de montaña, Promoción de las Artes, de vida efímera, el Centro Cultural Alfa (1978), llamado el Planetario, que tuvo la suerte de ser el primer museo interactivo en el país, con un programa gratuito, incluyendo el transporte, para el alumnado de las escuelas públicas. El museo El Centenario en San Pedro (1980), el Museo de Arte Contemporáneo MARCO (1992), el Museo Metropolitano, del municipio de Monterrey (1992), el Museo del Vidrio (1992), el Museo de Historia Mexicana (1994). No olvido El Museo del Obispado (1958), de historia regional.

En nuestro mundo de artes escénicas no teníamos tradición en el espectáculo de la danza. El cambio ocurrió gracias a Yolanda Santos de Hoyos, una admirable dama que puso su inteligencia, sus recursos, sus relaciones, conocimiento y firmeza para beneficiarnos con la innovación: el Ballet de Monterrey.

Debo terminar, pero me faltan dos temas. Los parques y, por lo menos, una definición de cultura entre las numerosas que existen.

En la actividad de promoción de cultura existe un tema siempre ignorado, siempre olvidado, el de los parques. En lengua romance ciudad viene de *civitas*

y de *civitas* también derivan civilización, civilidad, civilizado. Bien, vamos al grano, nuestra civilidad anda por los suelos, al parecer la ciudad no nos importa, no sólo la dejamos en manos de alcaldes sino le negamos nuestra personal participación. Tener o no tener no depende de una autoridad política, es tarea de todos. Nos regocijamos hablando mal de quienes gobiernan, en vez de ser solidarios en la tarea de transformar un vecindamiento en una ciudad y de forjar una sociedad de una muchedumbre.

La historia es útil para no repetir errores. Por eso menciono los mayores agravios sufridos por Monterrey. La gran Alameda de veinte hectáreas, trazada por Santiago Vidaurri, la mutiló a la mitad don Bernardo Reyes para fin de construir la penitenciaría en una cuarta parte del terreno original. Edificó, así, la ciudad de los presos, aunque la otra cuarta parte, en vez de regresarla a la Alameda la utilizó en la construcción de un fraccionamiento habitacional. Pasado el tiempo, el gobernador Arturo B. de la Garza decidió, correctamente, construir otro edificio penitenciario, afuera de la ciudad; en consecuencia demolió el edificio del general Bernardo Reyes. Más, incorrectamente, tampoco restituyó a la Alameda el terreno rescatado. Lo destinó a otra particular división de lotes para venta al público. Nadie protestó. De las veinte hectáreas originales, quedaron tan sólo 9.4, dado que regalaron un jirón de su terreno para el paso de la calle de Aramberri.

Poco después, un alcalde de nombre Félix González, cuñado del gobernador, destruyó la plaza de la República, situada entre el Palacio Federal (correos y telégrafos) y el Palacio de Gobierno. La borró como parque público para construir, en toda ella, por entero, un zócalo para una escultura, nunca colocada, en homenaje a Mariano Escobedo. El zócalo permanece ahí, hueco, feo y maloliente. Sirve como recordatorio de la infamia, de la nuestra. Nunca se ha reclamado la restitución de la risueña plaza de la República, paseo de los enamorados. En verdad, Monterrey no ama a Monterrey.

La historia platica que la ciudad creció y creció sin áreas verdes. Cuando tal es el caso no puede llamarsele urbe como se nombra a Manhattan, una lengua de tierra en cuyo Central Park, de 341 hectáreas, cabe dos veces el principado de Mónaco.

En nuestra ciudad sólo se observan dos manchas verdes: una al norte y otra al sur. La del norte es resul-



CALLE ZARAGOZA, 1952 / ALBERTO FLORES VARELA / TOMADA DE NUEVO LEÓN: IMÁGENES DE NUESTRA MEMORIA (CONARTE, 2003)

tado de la colonia Cuauhtémoc, un fraccionamiento de interés social desarrollado por el grupo Cervecería en 1957. Los lotes son de trescientos cincuenta metros cuadrados cada uno. Tal como era su tradición, la Cervecería los vendió a precio de costo a su personal. Además, la empresa construyó siete parques junto a siete escuelas también edificadas y sostenidas por ella. El arquitecto urbanista Antonio Joanides trazó el fraccionamiento a base de calles dispuestas en forma de “u” con lo cual forzó a los vehículos a transitar a baja velocidad, al mismo tiempo que lograba que los terrenos colindaran por su parte trasera. Sumó así, jardín con jardín. Qué raro y extraño que los fraccionadores de otros terrenos, sin agraviar, los de Las Puentes, no siguieran este modelo. Desperdiciaron enormes porciones de terreno en calles paralelas casi contiguas y que aceptan tan sólo dos pequeños lotes entre ellas. La proliferación de tantas e inútiles calles se tragó el área de los parques.

La mancha verde en la parte sur de la ciudad la originó la colonia Del Valle, en parte por la amplitud de los camellones, bellamente ajardinados, en dos de sus calzadas: la de San Pedro y la del Valle; y, en parte, también, por el tamaño de sus lotes. Herencia y cambio. Monterrey no pasó durante largos años de tener tan sólo la cercenada Alameda y su minúscula Plaza Zaragoza. Era su herencia. El cambio tuvo que ocurrir fuera de ella. Después de la colonia Del Valle siguieron otras dotadas de parques: Fuentes del Valle, Jerónimo Siller, Lomas del Valle, Sierra Madre, Hacienda El Rosario, Lomas del Campestre, Bosques del Valle y más y más. En la de Bosques del Valle hay un parque de diez hectáreas (mayor que la Alameda de Monterrey) en el cual la gente sale a caminar, pasear, ociar.

De este parque tengo una anécdota. Hace alrededor de cuatro años, uno de los paseantes, gente común, cuando veía basura tirada la recogía hasta depositarla en algún cesto de acopio. Además, usaba una vara para echar fuera del sendero los excrementos de perros. Este ser anónimo, Reynelle Cornish, actuaba por civilidad. Pasados tres meses observó que nadie hacía lo mismo aun cuando era notable un gran cambio: la cantidad de basura arrojada era un ochenta por ciento menos. La civilidad, entonces, es contagiosa como la gripa.

El parque de diez hectáreas está dividido por la avenida Alfonso Reyes (una de las catorce de idéntico nombre). Un día el alcalde visitó el parque y el paseante

anónimo le expuso su idea de construir un puente peatonal para saltar la avenida Alfonso Reyes. En el municipio de San Pedro existe la costumbre según la cual el alcalde asigna a cada junta de vecinos una cierta cantidad de dinero y ellos deciden la obra comunitaria a la que debe aplicarse. Las tres juntas de vecinos relacionadas con el parque contribuyeron con su parte. Para el diseño del puente, un arquitecto del Municipio tomó en cuenta la escala humana, lo trazó de pendiente suave y curvas sensuales. El municipio realizó la construcción, Reynelle Cornish la supervisión y muchos vecinos actuaron de observadores. El puente unió, literal y metafóricamente, a las personas. Se trazaron nuevos senderos, se plantaron árboles, sistema de riego y disposición de bancas. El parque está hermoso.

¿Cuál es la moraleja? La obvia. El municipio somos todos: los vecindados y las autoridades y la burocracia. En vez de arrojar basura hay que establecer puentes, dialogar, aportar conocimientos. Oponernos con razones a los golpes de autoridad, no con chismes de café. Sustituir las críticas negativas por la acción.

La cultura de los parques es indispensable para cada uno de nosotros, como lo es también la de los jardines en las casas. En las casas, al fin y al cabo no se necesita mucho, basta una maceta y una flor. Algún día daremos el paso de convertir la ciudad en urbe. Recuérdese: promoción es adelantarse. Por eso digo: no importa que tengamos más, lo que cuenta es que seamos mejores. Tal es la síntesis de la promoción cultural.

Hasta aquí estoy haciendo trampa. Hablo y hablo sobre promoción y nunca sobre el significado de cultura. *Para conocer hay que definir y para definir hay que clasificar* (Aristóteles). Hasta este momento eludo definir cultura. Es una palabra tan manoseada, que su significado queda oculto bajo un torrente de palabras vacías, siervas en los discursos políticos a causa de su resonancia psicológica: gobernante culto, persona culta, pueblo culto. (El Otro, la otredad, por desconocimiento nuestro: un mero ser inculto.)

El poeta Thomas Stern Eliot, T. S. Eliot, en su ensayo “Notas para una definición de cultura” (1948), dice: “Así como una doctrina requiere ser definida después de la aparición de una herejía, una palabra no demanda nuestra atención hasta cuando se ha hecho mal uso de ella”.

Para T. S. Eliot la cultura es un proceso, no un sujeto. Es un proceso de transformaciones. El ser humano, dice Eliot, transforma lo que percibe. A

modo de ejemplo, ve una piedra y la transforma en una escultura. Siente una emoción y la torna en un poema. Luz y forma en una pintura. El barrio dentro del barrio en graffiti. Cuando el ser humano se pregunta: ¿de qué están hechas las cosas?, la interrogante se vuelca en filosofía.

En un intento por interpretar la palabra de T. S. Eliot, puedo decir: “visto” un objeto, “sentido”, “pensado”, el ser humano lo transforma en otro objeto. Veamos con paciencia y gracia los siguientes párrafos:

Cuando el ser humano transforma lo percibido a través de la razón, produce la filosofía, la ciencia, la tecnología, la escritura.

Cuando la transformación de “algo en algo” lo hace preponderantemente con sus emociones, produce la poesía, la música, la literatura, el arte y sus clasificaciones, explícitamente, en artes plásticas nos da la pintura, escultura, video, instalaciones. En las artes escénicas: teatro, conciertos, ballet, danza.

Cuando la transformación de lo visto, sentido, imaginado, la hace a través de sus maneras de actuar produce la religión, la política y la ética.

El mismo T. S. Eliot pone el énfasis en la existencia de la cultura del individuo, la cultura del grupo y la cultura de la sociedad. Incluye, por tanto, las maneras de vivir de las personas según sus tradiciones, región geográfica, lenguas, comidas, ritos, costumbres sexuales.

La definición y clasificación dada por T. S. Eliot nos conduce al nombre con el cual empecé este asunto: Consejo para la Cultura y las Artes, debe ser, sencillamente, como quedó registrado desde su origen, Consejo para la Cultura de Nuevo León.

Volviendo a Eliot, dice: “Un artista por más grande que sea su contribución al género humano, no será una persona culta en cuanto no se interese por los demás campos de la creación del hombre.”

Por otro lado el ideal de hombre culto completo es un mero fantasma. Difícilmente se podría encontrar una persona capaz de actuar o al menos conocer todos los campos antes enumerados.

Para mí el ideal de persona culta es la de alguien que sepa un poco de todo y mucho de algo. Desde esa perspectiva todos somos, o podemos ser, cultos si estamos dispuestos a no descartar de antemano cualquier actividad humana. Si estamos dispuestos a sacrificar prejuicios impuestos por el grupo, por la presión social. Seremos cultos si nos abrimos a conocer, analizar, evaluar toda actividad y, sólo después de ello, emitir un juicio de valor.

Si lo hacemos es tanto como pisar firme dentro de lo cultural, puesto que con nuestra conducta ya estamos transformando lo recibido.

Una última anotación. Después de estar abiertos a todo, nos queda el resumen del resumen de la teoría del arte: nuestro privilegio de decir: me gusta o no me gusta ☺

ESCUELA DE MÚSICA BEETHOVEN (INTERIORES) / ALBERTO FLORES YARELA / TOMADA DE NUEVO LEÓN: IMÁGENES DE NUESTRA MEMORIA (CONARTE, 2003)

